

DEL LATIN AL CASTELLANO

(SINTESIS HISTORICO - FILALOGICA)

I

Conocer y precisar los orígenes del romance castellano, implica remontarse a la historia misma del latín que es su padre; porque es algo perfectamente sabido que ni aquel ni los demás nacieron en la época en que parecen trasladados a la escritura, y que sus gérmenes más remotos se encuentran ya en el latín vulgar.

Por lo que al romance castellano se refiere el más antiguo de sus documentos escritos aparece en el siglo XII, si aceptamos como auténtica la famosa Carta Puebla de Avilés de Alfonso VII (A). Para el francés escrito la antigüedad es mayor, pues en romance del Norte fué redactado el año 842 el convenio entre Carlos el Calvo y Luis de Alemania, con motivo del célebre reparto de Verdún.

En el latín, como en toda lengua, hay que distinguir la hablada de la escrita, y en ésta, debe aún ponerse aparte la propiamente literaria. En el latín hablado, a su vez, hay que diferenciar el urbano, *sermo urbanus*, del vulgar, *sermo vulgaris*, diferenciación ya producida en el latín arcaico o sea en el *antiqua rusticitas* del Lacio.

Siguiendo el proceso uniforme para todas las lenguas, el latín arcaico fue gradualmente perfeccionando sus formas y creando su gramática. En ello influyó poderosamente el griego. Así se

(A).—El primero en poner en duda la autenticidad de la Carta Puebla de Avilés fué D. Aurelio Fernández Guerra en un trabajo leído en la Academia Española en 1865. Cree él que la ficción se hizo en el reinado de Alfonso el Sabio. Fitzmaurice-Kelly participa de la opinión de Fernández Guerra. Con todo, no es punto definitivamente resuelto; y así lo fuera, siempre tendría respetable antigüedad e importancia literaria.

forma el latín literario que aparece por primera vez con Silvio An-drónico (514 de Roma). De este modo, el latín viene a ofrecer las tres variedades ya mencionadas: literario o escrito, urbano hablado y vulgar hablado. Naturalmente la distancia entre los primeros era mucho menor que la que mediaba entre el *urbanus* o *nobilis* y el *vulgaris* o *plebeius*.

A partir de la creación del latín literario, el habla vulgar sigue una vida oculta; las gentes educadas y los funcionarios del Imperio paracen ignorarlo; pero, en cambio, se enriquece con la asimilación de voces de los dialectos itálicos, particularmente del *umbrio*; y él es el que con los legionarios romanos, penetra en las provincias, llevando en su fonética y en su tendencia analítica los lejanos gérmenes del romance.

A medida que el imperio extiende sus conquistas y la administración se centraliza, el latín literario, constituido en habla oficial, crece en poder y tiende a sobreponerse a los demás idiomas y dialectos que se hablaban en la península o en los países conquistados. Su triunfo es definitivo en la época clásica con Cicerón y los demás grandes escritores del siglo de Augusto. Contribuyó también a esta victoria, y no poco, el establecimiento de escuelas para enseñarlo. Entonces el latín vulgar pareció arrollado en todas partes.

Pero al término del siglo II del Imperio, decae la literatura clásica y hasta el habla urbana de Roma. Es en esta gran capital donde el latín clásico comienza a corromperse o transformarse, conservándose más puro en algunas provincias, particularmente en España. Ello explica porque el llamado siglo de plata de la literatura latina fué gloria legítima española con Quintiliano, Marcial, Séneca, Lucano y otros.

Renace el arte literario en el siglo IV, pero es ya con el sello cristiano, y sus autores escriben en una lengua que puede decirse muerta, y que se halla en una situación intermedia entre el latín literario y el vulgar. Con la irrupción de los bárbaros en el siglo V, el latín clásico desaparece del todo.

Es entonces cuando aparecen los gérmenes del romance. Un latín vulgar en el que ya se olvidan o confunden los casos, sustituyendo las terminaciones por las proposiciones, y en el que se forman tiempos compuestos de los verbos uniendo los participios a los auxiliares, ya no es el latín, es otra lengua. En balde se es-

fuerza la gente culta, los clérigos, por galvanizar el cadáver enseñando en las escuelas o usando en el púlpito una lengua que dista mucho del latín clásico y que casi nadie entiende; que es un latín barbarizado en el que se latinizan palabras del léxico vulgar y que ha sido llamado en justicia: *bajo latín*.

¿Cómo fué, en tiempos de Roma, ese latín vulgar heredero del vulgar arcaico, en el que hay que reconocer al padre indiscutible del castellano? Difícil es saberlo, puesto que despreciado por los eruditos, no se escribió en él. Para reconstruirlo hay que hacer, según Cejador, el estudio comparativo de las lenguas románticas que son sus hijas; el del latín vulgar antiguo, apenas entrevisto en los arcaísmos vulgarismos del popular Plauto y otros autores; el de la epigrafía de la época imperial, a causa de los errores cometidos por los lapidarios, y, por último, el de los gloriosos populares coleccionados posteriormente (B). Tal es la árdua labor que se ofrece a los romanistas.

Fué este latín vulgar, tan imperfectamente conocido, el que coloreado primero, por los dialectos itálicos, y adulterado, después, por el habla de los bárbaros o sea por el bajo alemán y por la introducción de términos de las lenguas originales no olvidadas del todo, el que engendró los romances. La caída del Imperio de Occidente el 476 a los golpes de Odoacro, señala el momento inicial de la gran transformación. Por lo que toca a España se puede afirmar que el romance —que en ella, como en las demás provincias, se tenía sólo por latín mal hablado— tuvo sus caracteres propios. En él perduró la mezcla de elementos arcaicos y dialectales con los eruditos, a pesar de la reacción clásica. Además, el ibero o sea el éuskaro influyó poderosamente en su fonética.

II

Es opinión unánime de los filólogos que la evolución de los romances, cuyo punto de partida dejamos señalado, “marcha a pie de Oriente a Occidente”, de Roma al Atlántico. En efecto, el primer idioma romántico nace en el Lacio mismo y es el toscano, que,

(B).—D. Julio Cejador y Frauca ha estudiado muy bien este punto en sus obras: “Tesoro de la Lengua Castellana” e “Historia de la Lengua y Literatura Castellana” 1er. volumen.

gracias al genio de Dante, se hace después la lengua nacional, triunfando del gran número de dialectos que produjo el latín vulgar influenciado por los diversos dialectos itálicos. Después, al sureste de Francia, nace el provenzal o lengua de *oc*, que se diferencia en mucho de la del Norte o lengua de *oil* (*oui*). Un poco más allá, al Sur del Pirineo hispánico, el *catalán*, que tiene como dialectos: el *mallorquí*, el *menorquí*, el *valenciano* y el *ribagorzano*. Al catalán sigue el que llamamos *castellano*, aunque se habló primero en Aragón. Como aquel cuenta también con varios dialectos, a saber: el *bable* de los asturianos, que es un castellano a medio evolucionar; el *berciano* de Bierzo, el *extremeño*, el andaluz y el murciano. Tras el castellano vino el galoico-portugués, que, combatido por la lengua oficial, no pudo desarrollarse en España, pero sí en Portugal, formando una lengua sonora y expresiva que ha dado una literatura bella y sabia.

Pero la ruta geográfica expuesta, no implica el mismo orden en la rapidez evolutiva; y así los mismos filólogos franceses convienen en que por lo menos tres grupos dialectales hispánicos, a saber: el catalán, el galaico - portugués y el castellano cumplieron su transformación antes que los romances franceses (C). Ello debe explicarse por el influjo de las lenguas indígenas, en particular de alguna predominante, quizá el éuskaro, como quiere D. Julio Cejador y Frauca.

Pruebas del rápido proceso de los romances hispánicos se obtiene por el examen de textos latinos aun anteriores al siglo IX, que es la mayor antigüedad que antes se les concedía. Veamos, con relación al castellano, la siguiente muestra del siglo VIII:

“Concedimus in ipso monasterio Sancte Marie de Olona per sus terminos antiguos, per illo rio que vadit ister Sabadell et Villa Luz, et inde ad i llam mollem de illa strada de Patrunell, et inde per illa via que vadit ad Petra tecta, et per Petra et etiendo per illa strada de Guardia et inde. . . Damus saquidem in ipsa domus Dei. . . vegenti modios de pane et duas equas et uno rocino, et una mula, et tres asinos. . . et una capa serica, et tres calces, duo de argento,

(C).—J. Vendryes, catedrático de la Universidad de Paris, así lo afirma y prueba en su magnífica obra “El Lenguaje. Introducción Lingüística a la Historia”.

et uno de petra... et una cruce de argento, et duos de ligne, et quattour frontales de serico et duas campanas de ferro, etc.

(Privilegio de fundación del monasterio de Olona en 781, por Adelgastro hijo del rey Silo. Traélo el Sr. Arpa y López).

Agregaremos algunas palabras del castellano antiguo tomadas del vocabulario que el filiólogo español Padre Torres Gómez, formó con documentos latinos del siglo X.

“Acenias (aceñas); adiuso (ayuso, abajo); adta (hasta); barbechar; barrio; barro; caballeros; caballo; cabeza; deuesa; divisa; y devesa (dehesa); eo (yo); espinazo; espinosa; fenar (henar); foios (hoyos); fueras; ganancia; gallegos; gallagüellos; hermanam; hormicero (homicida); ieguas; incrusillata (encrucijada); infanzones; ladera; lagares; lanzada; Káskaras; kascarellas; maiuelo (majuelo); mayordomo; mantas; nugares (nogares o nogueras); olivares; olmo; páramo; perales; pinzón; ravanal; rávanos; realengo; saia; serna; silos; tela; texera; tiendas; vadiello (vadillos); Vadera-tero; Vallejó; zapata; zanco y zumaque.

Ahora bien, ¿Por qué razones el castellano vino a ser el venturoso rival entre los demás dialectos hispánicos?

Por lo menos, al principio, no puede atribuirse la victoria del castellano a su mayor perfección. Según opinan varios autores, el *galaico - portugués* alcanzó más rápidamente, formas artísticas. Un dato histórico parece confirmar este aserto: la preferencia que el Rey Sabio le concedió para escribir sus poesías.

El triunfo del romance castellano se debió pues, principalmente, a razones de índole política. Castilla tuvo parte preponderante en la lucha por la reconquista, primero, y después en la unificación española. De aquí, su predominio político y con éste, la imposición de su lengua como oficial. Inició esta obra Fernando III El Santo y la continuó el citado D. Alfonso.

A la sombra protectora de estos gobernantes evolucionó con rapidez y pudo, aun, en el aspecto literario colocarse sobre las demás que se hallaban en la península. Ya es una lengua hermosa y flexible en las “Siete Partidas de Alfonso de Sabio”, creador de la prosa castellana, y es la más sonora, bella y expresiva de todas en “D. Quijote de la Mancha” del inmortal Cervantes.

III

Si el romance castellano, con los demás, proviene del latín vulgar, ello no implica la no influencia del clásico. El P. Sarmiento señala para él un 10 % del vocabulario español. Esta penetración viene desde los orígenes, por lo que muchos términos clásicos han sufrido después el mismo cambio evolutivo del habla popular, en virtud de leyes fonéticas que son universales. El influjo posterior de los eruditos trajo la formación de palabras que duplicaron muchos términos de idéntica significación. Y es posible, por este hecho, llegar a la palabra latina por medio de la erudita que levemente la modifica.

Veamos, algunas de estas *palabras dimorfas* con sus respectivas latinas:

<i>Forma vulgar</i>	<i>Forma literaria erudita</i>	<i>Voz latina</i>
Alma	Anima	Animam
Ahijado	Afiliado	Adfiliatum
Caudal (anticuado: cabdal, cabezal)	Capital	Capitaleum
Colmo	Cúmulo	Cumulum
Deán	Decano	Decanum
Derecho	Director	Directum
Erguir	Erigir	Erigere
Estrecho	Estricto	Strictum
Igualación	Ecuación	Aequationem
Lego	Laico	Laicum
Lograr	Lucrar	Lucrari
Mancha	Máscara	Maculam
Mascar	Masticar	Masticare
Muralla	Muro	Murum
Obispado	Episcopado	Episcopatum
Obra y huebra	Opera	Operam
Provechoso	Proficuo	Proficuum
Razonar	Raciocinar	Ratiocinari
Sobrar	Superar	Superare
Temblar	Tremolar	Tremulare
Traición	Tradición	Tradicionem

Aun pasada la etapa dialectal, el castellano ha seguido experimentando el influjo erudito; de aquí las *voces multiformes*. Un ejemplo: formado desde los orígenes del romance el término erudito *antojo* de *ante-oculum*, delante del ojo, quizá porque despierta nuestro apetito lo que se pone ante nuestros ojos; de esta misma palabra latina los eruditos formaron posteriormente la palabra *ante-ojo*. Así se ha enriquecido el léxico, asevera Cejador, con unas 4,000 palabras provenientes de unos 1,800 temas.

Unos cuantos ejemplos: fruto y fruta, de *fructum*; madero, madera y materia de *materies*; ramo y rama, de *ramus*; tinto, tinta y tinte, de *tinctus-a um*; huerta y huerto de *hortus*; hondo y fondo de *fundus*; cáliz, caz y cauce, de *calix*; lucha y luto, de *lucta*; etc.

La influencia del latín clásico no ha terminado aún; es el cóndomine del griego en la formación de los tecnicismos y su predominio en la nomenclatura de la Botánica es absoluto a partir de Linneo.

Muchos de los términos técnicos de origen latino, hay que advertirlo, no se han formado por desarrollo propio de nuestra lengua, sino a través de otras lenguas modernas, particularmente la francesa.

IV

En el paso del latín a los romances el fenómeno fundamental y más interesante es la pérdida del carácter sintético a favor del analítico. ¿Significó este proceso en rigor, corrupción y ruina del latín, o simplemente una evolución necesaria y *progresista* por decirlo así. La opinión de los filólogos se divide ante esta interrogación; así Cejador cree lo primero y Breal lo segundo. Nosotros nos inclinamos a este último parecer.

A nuestro juicio, en efecto —dicho sea con todo el respeto que se merece filólogo tan notable— D. Julio Cejador y Fauca, peca de abstracción al opinar sobre las lenguas sabias. Juzgadas éstas en sí mismas se puede convenir en su mayor belleza y perfección respecto de las modernas; pero, precisamente, una lengua, medio de relación el más alto entre los seres humanos, no puede ser así considerada. El punto de vista en este caso es, forzosamente concreto ¿Y quién puede dudar que el latín puro con toda su reconocida belleza, no sería, no podría ser hoy lengua apta y suficiente para expresar el enorme caudal de nuestras ideas junto con la complejidad

creciente de nuestras almas? Entendida de este modo la cuestión, el proceso en sentido analítico que torna una lengua en otra de más fácil manejo, más clara y más expresiva, es un positivo avance y jamás un retroceso.

Los que creen en el fracaso del latín aseveran que los cambios se efectuaron para, en cierto modo, reparar el mal. Este es desconocer la verdadera sucesión de los hechos y hacer ininteligible la historia de las lenguas. La natural tendencia humana a la claridad y a la simplificación es la verdadera autora de dichos cambios, que se explican por lo que Breal llama: *la ley de especialidad* y que es como la expresión natural de tal tendencia (D).

En virtud de la ley de especialidad lo que llega a ser inútil en una lengua desaparece, apareciendo en cambio, otras formas útiles; pero no por ruina de la lengua sino por necesaria evolución de la misma. Constituyen fenómenos interesantes de dicho proceso:

1o.—El empleo de los verbos auxiliares para formar los tiempos compuestos, así en lugar de *amabantur, eran amatus*.

2o.—La sustitución de las flexiones terminales para expresar los diferentes casos de la declinación por adverbios transformados, a su vez, en preposiciones a saber: *per, por; ob*, por causa; *ad* a y junto a; *sub*, debajo; *super*, sobre; *oum*, con;

3.—El cambio de los sufijos *ior* para el masculino y el femenino y *ous* para el neutro, que expresan grados comparativos, por el copulativo *magis*. En vez de *grandior, magis grande*, es decir, más grande. De este *magis* latino provienen también el *mais* portugués y el *mai* rumano.

4.—La descomposición de los plurales sintéticos por el empleo de pronombres que se transforman en artículos. Ejemplo: *illos cervo por cervorum*.

Todos estos cambios se iniciaron en el latín vulgar. Así lo manifiestan expresiones como estas: "*Ad id templum*", junto a este ejemplo; "*cum discentes*", con sus alumnos; "*cum collegas*", con sus colegas; "*per multo tempore*", por mucho tiempo; y otras.

Estos cambios en sentido analítico se conservaron y fijaron en los romances, de modo especial en el castellano.

(D).—Esta tesis de Breal nos parece muy exacta y bien comprobada. Ver su obra "*Essai de Sémantique*".

En esta lengua, además, la evolución se realiza de una dirección constante que hemos llamado en la cátedra: *tendencia eufónica*. Ella explica muchos fenómenos que dentro del cumplimiento simple de las leyes fonéticas no encontrarían razón suficiente.

En efecto, en virtud de dicha tendencia, surgen y se imponen las llamadas letras de enlace, que aclaran y suavizan la pronunciación unas veces y otras amplian simplemente su sonoridad. Un ejemplo: de *tener*, *teneré*, *tenré-ten-d-ré*; en donde la consonante *d* es la letra de enlace.

Así el Castellano ha venido a ser la lengua más clara bella y sonora de todas las modernas; lengua singularmente apta para la oratoria, y, como ha dicho alguien propia para dirigirse a Dios.

José Leonidas MADUEÑO.
